

PRESENTACIÓN

La crisis medioambiental tiene hoy una dimensión planetaria que ubica a la ecología al centro de un contexto social y de un sistema productivo capitalista que opera amparado por los Estados. Sabemos que el capitalismo no solo busca dominar la naturaleza, sino despojarla de todo lo que le permite vivir y que su lógica como modo de producción, como ideología y como cultura, es la continua acumulación de riquezas basada en la explotación de la naturaleza y de la fuerza de trabajo humano que ha sometido a los pueblos. Por lo tanto su economía produce riqueza, pobreza y un *modo de ser* basado en la responsabilidad individual y en la competencia, al interior de un mercado que ordena los procesos de producción y de distribución. Los efectos de esta economía política, además de la miseria, se expanden a todos. No cabe duda. Vivimos una experiencia inédita de hominización que deja al individuo frente a la decisión de su propia vida o de su propia muerte, según los usos que haga del instrumental destructivo que él mismo creó.

Las estimaciones más optimistas ponen el límite de vida del planeta entre los años 2030 y 2034. Después, nada asegurará su duración. Se han perdido 480 millones de toneladas de suelo fértil y un 65 por ciento de tierras cultivables. Se han cortado la mitad de los bosques que había en 1950 y en los últimos años, 600 mil kilómetros cuadrados de la selva amazónica han sido arrasados. Por otra parte, la eventual explosión de 60000 armas nucleares podría provocar un invierno nuclear. Desde el año 1972 que recrudece la desertificación y que el calentamiento climático agrava los problemas de sequía y el acceso al agua, de la que ya carecen vastas regiones. Entre 700 millones y 2 mil 800 millones de personas, en función del crecimiento de la población y de la gravedad del calentamiento, podrían verse afectadas. Además, esto obligaría al desplazamiento masivo de millones de personas que para 2050 tendrían que huir de las inundaciones o abandonarían sus estériles tierras. En India, serían 30 millones los desplazados, mientras la sexta parte del territorio de Bangladesh podría desaparecer bajo las aguas o invalidarse para la agricultura debido a los desprendimientos de terreno. A esto se

agregan graves problemas sanitarios; desde 1972, cuando las temperaturas aumentaron, y hasta fines del siglo XX, el calentamiento ha causado la muerte de unas 150 mil personas por el incremento de enfermedades infecciosas y de la malnutrición. En 2020 esta cifra podría duplicarse. Estas proyecciones se basan en una progresión de las emisiones de gas de efecto invernadero que aumentarán las temperaturas en unos 4 grados respecto a los años 90. Este umbral extinguirá las especies animales y vegetales, provocando hambruna y escasez de agua, a la vez que graves impactos sociales y económicos.

En este marco, la responsabilidad del Estado, hoy retirado de lo social e instalado en la comodidad de la economía de mercado, es clara. Su ambigüedad se ha hecho tan real como el sufrimiento de las personas que vigila, porque al desentenderse de lo social, involuociona hacia un Estado penal que se aleja de sus funciones sociales¹. Vivimos una época de restauración conservadora que propaga la razón, el progreso, la justicia y la ciencia, completamente alejada del pensamiento y de la acción progresista. Este regreso al capitalismo radical cuyo único fin es la ganancia, nos pone frente al problema del poder y a las violencias que el poder practica.

El número 7 de *Actuel Marx Intervenciones* propone un dossier que aborda la insustentabilidad del desarrollo y que se pregunta cuánta injusticia social más soportaremos de este desastre que nada tiene de natural y que es producto de un “desarrollo sustentable” que sustentando a una ínfima parte del mundo, construye la miseria del resto, ocultando la trampa que devela su propia denominación. La respuesta ante estos problemas está, empero, en la sociedad misma. No es la primera vez que la Tierra ha enfrentado estos desastres con éxito. Es posible todavía prevenir, enfrentar y superar la enfermedad física y mental capitalista con las fuerzas solidarias que consigan salir de la ceguera provocada por la seducción consumista que succiona los bienes naturales y humanos. No basta con entregarse a la incertidumbre que apaga los deseos y las acciones colectivas. Pero es necesario buscar lo que ha hecho posible esta situación, lo que se esconde tras las retóricas discursivas de la política mediática y las propuestas que puedan resolver al menos en parte este problema.

¹ Bourdieu, P., *Contre-feux, “Le mythe de la mondialisation” et l’État social européen*, Ed Raison d’agir, París, 2001, pp. 38-39.

Para *Enzo Traverso* la singularidad del capitalismo, además del mercado y la ganancia, es la racionalidad económica intrínseca que resulta de la civilización occidental. Allí está el secreto de tantas conquistas materiales, científicas y culturales que hacen que la *superioridad* de Occidente sea más poderosa que otras civilizaciones del mundo. Max Weber se preguntaba por la naturaleza de las transformaciones que hicieron temblar a los países occidentales. Un espíritu racional y positivo ha sustituido a las creencias tradicionales y comprender la naturaleza del mundo moderno implica un dinamismo económico, cuya racionalidad se caracteriza por el cálculo, la opción estratégica, la autonomización de funciones y la universalización de las actividades sociales. A esta racionalidad le corresponde un mundo “desencantado” y deshumanizado, generado por el capitalismo que simultáneamente produce y destruye al mundo. La violencia que surge se sitúa en la relación existente entre esta violencia y la civilización. ¿Se trata de una violencia que se erige *contra* la civilización, o de una violencia engendrada *por* la civilización misma?

La persistente negación del capitalismo sobre las consecuencias sociales que comenzaron con la división del trabajo y que se manifestaron en la diferenciación social, se explicita en el artículo de *Eric Mûlot*, quien examina las profundas diferencias que hay entre las teorías liberales y las neoliberales. Aclaración fundamental, si queremos examinar el rol que juega el Estado en la instalación de ambos modelos, donde el neoliberalismo tiene un modo de operar absolutamente favorable a la economía capitalista. El liberalismo, fundado en el concepto moral de justicia, refiere a reglas específicas que son condición indispensable para unas relaciones que benefician a todos. A pesar de los defectos ya conocidos de esta teoría liberal, la creación de leyes y la constitución de un Estado de derecho garantizan de cierto modo la libertad. En lo que concierne a la teoría neoliberal, ésta adopta un enfoque completamente opuesto donde la economía y la política son esferas independientes, siendo la esfera económica la que prima. Lo político no es más que un obstáculo para el mercado concebido como único garante para la vida en sociedad. Los resultados de esta propuesta se objetivan en privatizaciones que no solo despojan a la sociedad de las protecciones que había conquistado, sino a los individuos de su subjetividad. La racionalidad ciega que opera no ve la destrucción planetaria de la vida social.

Si hacemos un balance del siglo XX constataremos, según *Ricardo Antunes*, que los proyectos de liberación no derrotaron al sistema capitalista del capital, el trabajo y el Estado. Sólo eliminando a estos elementos, podremos superarla. Ello implica un gran trabajo crítico de parte de los trabajadores para enfrentar estos sistemas de barbarie y las luchas de hoy deberán considerar la importancia del carácter histórico mundial del socialismo para resistir al capital de manera universal. Solo así la vida tendría sentido, bajo bases completamente nuevas, tejida por hombres y mujeres que van tras las legítimas aspiraciones provenientes de sus vidas cotidianas. El socialismo del siglo XXI es el proyecto de una lucha que puede concretar el lazo fundamental del individuo con el género humano, donde libertad y necesidad se realicen mutuamente.

Para *Renán Vega* el capitalismo es simultáneamente expansión económico-geográfica de los procesos de acumulación de capital que explota a seres humanos y destrucción de la naturaleza como sustento de dicha acumulación. Condiciones que el Estado hace operativas al darle al capitalismo todo lo necesario para funcionar sin exigirle restaurar lo que destruye. No es posible entonces resolver las crisis ambientales al interior del capitalismo que utiliza a los países y a los sectores empobrecidos como depósito de sus residuos contaminantes. La economía mundializada que hoy impera ha generado una destrucción sin precedentes de los ecosistemas al mismo tiempo que ha hecho suya la ecología, convirtiéndola en un dispositivo técnico del capitalismo que oculta el origen de los problemas ambientales del planeta.

En este mismo sentido interesante es la lectura del artículo de *Roberto P. Guimarães* respecto a las paradojas que presenta el discurso sobre el “desarrollo sustentable: la primera, ideológica y retórica que promete lo que no puede dar, y una segunda, social, donde los principales ejes de la sustentabilidad son los mismos que hacen “insustentable” al desarrollo, como por ejemplo las propuestas empresariales que propagan el cuidado del medio ambiente. Pero estos cambios son únicamente retoques superficiales, es decir un “gatopardismo posmoderno” propiciado por la banca mundial. Sin excepción, todos pagarán el precio de la irresponsabilidad social y ambiental que se oculta detrás del ya aceptado “desarrollo sustentable”.

José María Tortosa cuestiona el “desarrollo”. El orden mundial y con él la estructuración que impone diferenciar los países, muestra

cómo los discursos sobre el “desarrollo” tienen la fuerza de continuar legitimando a la estructura centro-periferia. Durante la etapa de exaltación neoliberal, estos discursos se han consolidado y han centrado su acción en los países periféricos. La preocupación neoconservadora ante el “peligro” de la pobreza, usa la “seguridad” como un mecanismo que asegure la victoria al mismo tiempo que criminaliza a amplios sectores marginados de la población a la que se precisa vigilar. El resultado para Tortosa, es el orden de un “maldesarrollo” todavía no terminado, que deja en suspenso los efectos sobre el retorno del Estado después de la caída del neoliberalismo.

Este “fantasma” del desarrollo, que coquetea en su ambigüedad, lo propone *Aníbal Quijano*. Lo que está en cuestión es el desarrollo del “desarrollo” del capitalismo y ningún otro. Solo que es necesario por una parte, buscar las condiciones y determinaciones históricas que explican la diferente trayectoria del desarrollo del patrón de poder capitalista entre regiones y países en el mundo; y por otra parte, si dadas las actuales características y tendencias mundiales de dicho patrón de poder —o en otros términos su “globalización”— es todavía realista para los latinoamericanos tentar el “desarrollo” capitalista en nuestros países, esto es, llevar a la práctica aquellas condiciones históricas que lo hicieron posible en otras áreas.

Ante el escenario entregado, *Michael Löwy* da cuenta de una alternativa *ecosocialista* civilizadora ante lo que Marx llamó “el desarrollo destructivo” del capitalismo² y que plantea una política económica fundada en criterios no-monetarios y extra-económicos de las necesidades sociales y el equilibrio ecológico. Desde los principales preceptos del movimiento ecologista, y la crítica marxista a la economía política, esta síntesis crítica la “ecología de mercado” que no desafía al sistema capitalista, y al “socialismo productivista”, que ignora los límites naturales. Variadas son las experiencias locales que dan cuenta de un esfuerzo distinto, como las áreas libres de autos en ciudades de Europa, las cooperativas de agricultura orgánica de los campesinos brasileños, o el presupuesto participativo en Porto Alegre, ejemplos de los cambios ecológico/sociales. No habrá transformaciones radicales sin fuerzas comprometidas con un drástico programa ecológico y socialista hegemónico, en el sentido

² Marx, K. *Das Kapital*, Volume 1, Dietz Verlag, Berlin, 1960, pp. 529-30. Para un destacado análisis de la lógica destructiva de capitalismo, véase Novel, Joel, *The Enemy of Nature The End of Capitalism or The end of the World?*, Zed Books, New York, 2002.

gramsciano. Aunque no hay motivo de optimismo ante el poder de las elites reinantes, las fuerzas de la oposición, aun pequeñas, son la única esperanza para detener el desarrollo destructivo del capitalismo. Walter Benjamin describió a las revoluciones no como las locomotoras de la historia, si no como la humanidad que se estira hacia los frenos de emergencia antes de caer en el abismo.

Frente a la situación que ahora vivimos, *François Chesnais* recuerda que después de Hiroshima no hubo una crítica que abordara seriamente los problemas de la guerra y de sus medios para la destrucción como instrumentos de dominación. Y si hay una lección que sacar de esa masacre, tenemos que pensar las relaciones del capitalismo con la naturaleza a partir de los infinitos recursos que ella produce y su brutal explotación que no mide las consecuencias de su continuo desgaste. Abordar los problemas de esta destrucción ecológica generalizada, sin considerar al capitalismo, sería negar su impacto sobre los recursos naturales y negar la paulatina destrucción de poblaciones. Es imposible una sociedad planetaria civilizada que no se sustraiga a la dominación del capital y a los recursos que éste guarda para usarlos en las poblaciones más tocadas por las crisis. El planeta no tiene por qué ser un infierno para las tres cuartas partes de sus habitantes que tienen pleno derecho a vivir liberados de la amenaza del hambre y las destrucciones ecológicas. La entrevista de *AMI* a este economista durante su visita a Chile en el mes de octubre, abre la reflexión a la crisis financiera y aclara los peligros del capital ficticio que resulta del fetichismo del dinero. Para él, la crisis es la de los procesos de una tasa de ganancia que no responde a las fantasías del capital financiero concentrado. El bono y la acción de la especulación son el reflejo de la pretensión de participar en una repartición de ganancias que *se desvanece en el aire*, dando inicio a una crisis que todavía no se acaba.

Antonio Elizalde y María Emilia Tijoux